

La terquedad de las cenizas

Florencia Davidzon

(Creative Writing_Sample 3 páginas)

Muchacha caminas por la Lincoln, me digo. Me topo con varias galerías de arte y llego a una que, por el nombre del letrero, parece especializarse en arte gringo, Lincoln Gallery. No dice “El Yuma”, por eso tal vez me acerco con la guardia baja. Me paro frente a la vidriera y quedo paralizada: mi mirada se encuentra con mi propio semblante en trazos llenos de dudas. No lo puedo creer. Entro sin pensarlo dos veces. Llego hasta el cuadro, acaricio el marco. Entonces, una voz detrás de mí me advierte, primero en inglés y luego en español, que no puedo tocar la obra de *la cubana*.

Pido permiso para sentarme en una silla, el joven me mira de frente y cambia su semblante, se relaja lentamente. No se mueve. Me veo en el reflejo de los espejuelos de aquel desconocido de cabello lacio y fino, y me encuentro con mi soledad, aunque él irradie empatía. Quiero hablar, no me importa nada de ese hombre ni qué será de mi vida, solo quiero decirle, decirle todo. Yo soy la cubana, inútil escaparle a mi paso, desconocer mi sombra. Tal vez haya tomado malas decisiones, es que nací sin tantos dones, con la única pulsión de hacer el bien y obedecer a mis progenitores. Necesito contarle cómo llegué hasta acá porque aprendí que los humanos no tenemos raíces como las plantas, y aunque se hable de desarraigo, solo somos cuerpo y ojalá algo de eso que llaman alma. Los que se alejan de su tierra porque temen por su vida suelen parecerse en su dicha, pienso, y así, al dejar su tierra salvan su pellejo, ¿tu entiendes? Pero los que nos vamos detrás de sueños nos parecemos en la desdicha. Los exilados le ganan a la muerte, y a nosotros nos derrota la vida, la vida real. Los sueños, por definición, son inalcanzables; cuando estamos con los pies en la nueva tierra hallaremos solo contra sueño, desengaño. Estamos

condenados a la distancia entre la ilusión y lo que es, a tener que soportar la distorsión.²

En este balneario de palmeras orgullosas y erguidas, de edificios con nombres en sus frentes, una ciudad que cobija a una población de ancianos de latidos agitados e insatisfechos, siento el peso incierto de mi futuro. Por eso cuando este hombre, que creo es el curador de la Lincoln Gallery, me pregunta cómo me trata Miami, prefiero pedir un vaso de agua suponiendo que este será gratis. Además, me parece lo más lógico, esa debía ser la bebida más adecuada de toda larva.

“Muchos otros habían pasado por lo mismo — me digo para tranquilizarme y tomar un respiro—. ¿Y qué tú crees? —agrego—. En los derrumbes no sobreviven los más inteligentes, sino los que ponen el cuerpo y esquivan los escombros”. Había cosas que no había podido imaginar. Nadie hubiera podido, pienso, mientras vuelvo a mirar el semblante de mi rostro suplicante en la imagen sobre la pared.

El curador me acerca el vaso con agua, se sienta y pide permiso para tomar notas en su español de acento gringo con *r* gangosa. Yo no soy quién para autorizar que él se siente en su propio lugar y me sonrío. Ante su silencio atento comienzo a hablar.

—Quise confiar en que las cosas resultarían bien, ¿me entiendes? —pregunto, aturdida sin saber cómo organizar mi historia.

El hombre me mira serio con sus ojos iluminados y una sonrisa tierna casi infantil. Trato de ser precisa, organizar mis ideas, intento calmarme y moderar mi habla, hacerla más pausada. Me doy cuenta al agarrar el vaso —él lo nota también— de que me había acostumbrado a llevar mis uñas a la boca. Siento pena. Si antes de dejar la isla me comía las uñas a diario, ahora mis dedos se habían deformado. No intento justificarme, no escondo mis manos, y agradezco el café que me ofrece también. No iba a admitir que todo lo sucedido en mi corta existencia era fruto de mis decisiones. De ser así, cada uno de mis pasos, incluso el de subirme al primer avión, hubieran

sido cuestiones de una responsabilidad insoportable.

—Ese fue mi único plan posible —le explico pensando por primera vez en cómo separar mi historia artística de mi historia personal. Intento centrarme en lo artístico, en lo que creo el joven quiere oír.

Me dejé llevar por mis sueños y mi creencia de que se debía avanzar mirando pa’ lante. Si uno hacía lo que sabía hacer tratando de hacerlo bien, y en mi caso era pintar, creí que con demostrárselo a los argentinos bastaría.

Llegué a Buenos Aires a mis veintisiete años, dije como dictándole mi biografía con ilusión para que él elija cómo redactarlo bien en algún catálogo. No conocía más que a3 Rodolfo, el profesor que me había ofrecido una especie de residencia artística a medida, a cambio de asistirlo en su trabajo de escultor. En comparación con otros amigos de mi generación, la verdad, yo tenía pocos reconocimientos. Ellos, y no yo, en este último tiempo eran los que con menciones y aplausos estaban ayudando a construir “el hombre nuevo” en la isla. Pero, de pronto, se habían vuelto “apolíticos”, empeñados y enfocados en diseñar sus propias vidas. Incrementando no solo el eco de sus nombres, sino también sus bolsillos.

Yo pintaba, pero vivía —si se puede decir a eso vivir— de mis clases, comprometida, dispuesta a sacrificarme por la revolución. No quería seguir cruzándome con colegas y escuchar “¡Qué bolá!”, y tener que recibir sus buenas noticias y, sobre todo, las novedades de las cuantiosas ventas que lograban a través de los compradores de turno, sin tener yo nunca nada para compartirles. No soportaba escuchar sus constantes cínicos buenos deseos, y saludos en los que enfatizaban, para la familia y “para tu hermano”. Cargaba tremendos paquetes, digo, pero el curador no se inmuta. Me había vuelto una persona huraña y envidiosa, le confieso, y después de vocalizar esas palabras dudo. Como el curador no se asusta y solo escribe,

siglo.

Me autoexcluía del mundillo de las artes, no tenía ganas ni para el cafecito con nadie. No me alejé, aclaré, como disidente que prefiere el bajo perfil, sino por la pena. Si bien yo no era una purista ni creía que todo el arte plástico debiera estar solo al servicio de la nación, estaba convencida de que al menos mi trabajo, y yo como artista, debíamos tener una ética. Entonces sentí que el éxito que de pronto otros empezaron a aceptar —en especial el económico que elevó a Álvaro, mi vecino y exnovio, a otra galaxia— me resultaron incómodos y desconcertantes.

Me habría hecho feliz, en ese momento, haber podido pintar un mural en algún palacio decrepito o la fachada de alguna escuela mediocre. Algo. Tener el encargo de un lienzo pequeño con la promesa de que sería colgado en un lugar público era mi esperanza, mi sueño. Pero no, en el último tiempo las decisiones para estas cosas estaban a cargo de personajes recién llegados. Cuba estaba viviendo cambios, y a pesar de que siempre había sentido la misión y me habían tratado como a una prometedora artista revolucionaria, se me cerraban las puertas. —No, no —le aclaro al curador que no había emitido palabra, dejando enfriar el cafecito—, yo nunca había confrontado políticamente con nadie, menos con mi propia madre. ¡Imagínate! Una heroína de mi país, una gran científica, además. Mi pintura no era crítica ni